

E
L

S
U
B
R
A
Y
A
D
O
R

P
E
D
R
O

M
A
I
R
A
L



EL SUBRAYADOR

Pedro Mairal

 LAUREL

-PRÓLOGO-

«Si uno diluye un buen poema en un litro de agua consigue un cuento regular», dice en este libro Pedro Mairal, y enseguida agrega, sin ironía: «Si uno diluye ese cuento en diez litros de agua, consigue una novela innecesaria». Hay que decir que Mairal ha escrito cuentos formidables y novelas muy necesarias, pero en estas columnas prevalece la mirada del poeta: cierto desdén por el tremendismo, la palabrería, la alharaca. El adjetivo que me viene a la cabeza para describir su tono es *bonhomía*, que el diccionario de los españoles define como afabilidad, sencillez, bondad y honradez. Algo de todo eso hay en *El subrayador*, aunque estoy seguro de que Mairal encontraría una palabra menos resbalosa, pues, como dice por ahí, «al final lo que importa es la lengua que usa la gente para escribir en las paredes del baño».

Hay en estas páginas, desde luego, mucho humor, casi siempre de ese que surge sin buscarlo, cuando la escritura, venturosamente, se vuelve un modo de prolongar las conversaciones solitarias. *El subrayador* es un libro sobre alguien a quien se le ocurren poemas en el colectivo y cuentos cuando anda en taxi, alguien que quizás hacia el final de alguna caminata arma estas columnas susurrantes y medio milagrosas.

Los temas son deliciosamente misceláneos: la paternidad, los demasiados libros, los conflictos vocacionales, los trajines del amor y la amistad, y sobre todo el deseo de aprender, de pronto, un poco más sobre el mundo. No creo que sea posible aludir a este libro sin pronunciar, aunque sea a la pasada, la palabra sabiduría.

Yo no diría que Mairal vive para narrar: en algún momento, después de vivir intensa y silenciosamente, después de absorber, de calar sin pausas ni prisas el presente, Mairal *decide* narrar, y lo hace con tanta precisión, tan perfectamente adentrado en la experiencia, que es difícil no creerle; no creerle *todo*, digo.

Alejandro Zambra

-EL EQUILIBRIO-

Cuando le propone a su hijo enseñarle a andar en bicicleta, el hijo le dice: mejor cuando sea adolescente, pa. Como padre le parece que ese es uno de sus deberes. Tenés que aprender a andar en bici, es como aprender a nadar; al principio te costó pero después pudiste y no te olvidaste más. Pero al hijo no lo convence el argumento. Para un chico de departamento, la bicicleta no presenta demasiados atractivos. No puede salir solo, no puede dar la vuelta a la manzana, no hay bandas de amigos que andan juntos pedaleando, jugando carreras. Igual el padre compra la bicicleta y ahí queda un tiempo como una máquina rara que estorba en el lavadero. El hijo la mira como si fuera un invento de otra época, un aparato un poco absurdo, ideado por Da Vinci. Él juega en la PlayStation al Bicycle Motocross, unas especies de saltos ornamentales pero en bicicleta. Su avatar sube montañas en bici, salta, hace giros de 360 grados hacia atrás y encima lo aplaude un estadio entero. Convencerlo de pasar de eso a la iniciación con rueditas se hace duro. No quiere que lo vea nadie.

Entonces van al KDT donde hay unos caminitos desiertos. El chico pedalea humillado por la realidad no virtual, enojadísimo con la torpeza de ese aparato casi ortopédico que oscila de una

ruedita a otra. Prueban sacando las rueditas. No hay forma. Se cae hacia un costado; el padre lo sostiene y el hijo pedalea en un plano inclinado, diciéndole que no puede, y llora. Se van. A la noche el padre no se puede enderezar por el dolor de espalda. Un desastre. Se siente mal padre. Se cuestiona si realmente saber andar en bici será hoy día algo tan necesario. Vuelven varias veces y todo sigue igual: cuando lo suelta el hijo se cae. Tenés que encontrar el equilibrio, le dice. ¿Pero cómo se enseña eso? ¿Qué quiere decir encontrar el equilibrio? Pasa un tiempo y una tarde lo lleva a la Costanera Sur y le dice: ya no te agarro más. Después de unos intentos de arranque, el hijo pedalea con bronca, zigzaguea dudoso y dibuja una línea con las ruedas, encuentra algo, sigue. Después frena y se da vuelta. ¿Me viste, pa?

-EL SUBRAYADOR-

En un bar de Belgrano, donde desayuno a veces, siempre encuentro los diarios subrayados en birome azul. Me intrigaba saber quién hacía eso porque son subrayados muy buenos, afilados, obsesivos, a veces mínimos. Voy a ese bar en busca de esos subrayados porque me ayudan a leer el diario con mejor humor y en menos tiempo. No leo tanto el diario, sino que leo lo que el otro señaló. Busco sus marcas en las páginas. Porque, a veces, no solo interviene las notas sino también las fotos, y lo hace apenas con unas flechitas que le encontré un par de veces señalando una cara en particular entre varias; puede ser un periodista deportivo con una cara imposible o algún ministro de mirada oblicua, en segundo plano. Siempre es revelador. Y encuentra detalles hasta en las bases de promoción, con letra microscópica, donde una vez subrayó la frase «la utilización de técnicas de naturaleza robótica».

Se ensaña con las noticias policiales. La expresión «darse a la fuga» lo lleva ya no al subrayado sino a circular esa frase entera en la que nunca antes me hubiera detenido. Es muy rara la expresión «darse a la fuga», como si la fuga estuviera ahí y los delincuentes se dieran a ella, se entregan no a la policía sino a la fuga, a la carrera loca. También le gusta masa de hierros retorcidos, el infierno dantesco,

el frondoso prontuario, el accionar policial, la actitud que podría haber acarreado trágicas consecuencias, el nutrido tiroteo, la cuantiosa cifra de dinero, el acaudalado industrial, el disparo mortal, el próspero comerciante, la salvaje agresión, la brutal golpiza, el repudiable atentado... Si aparecen dos veces en la misma página, le pone una mínima cola al redondel apuntando hacia la otra marca. Un artista.

Confieso que a veces le robo cosas para mis columnas. Una vez, marcó un gran titular que decía «Plan “Más vida” en La Matanza»; una frase que concentra en sí misma la larga historia de violencia nacional. A veces parece irritarlo la chabonización del periodismo, como un titular que decía «Con una pantalla joya, el nuevo iPad salió a escena». Por ahí le agrega un acento o una coma a los globos de los chistes. No hace las palabras cruzadas. Hasta que anularon el rubro 59 de los clasificados, se hacía un picnic con los avisos. Me acuerdo de algunos destacados: «Pelirroja bebo toda tu esencia. Madura alemana sin límites. El turco, ex Vélez, llamame». Y en los saludos y agradecimientos, me señaló uno de los pocos que valía la pena. Entre los agradecimientos al Gauchito Gil y a san Expedito y los saludos de feliz cumpleaños, había un mensaje que decía «Gladys, nunca te quise».

A veces interviene la sección deportes. Le gusta marcar el «un», cuando los periodistas dicen con un River que jugó de fondo, un Boca irreconocible, un Racing que parece distraído. Y también: no encontró el gol, el gol se le niega, el anhelo de quebrar la valla. Frases así, que adornan las páginas. También es perceptivo con las sutilezas de los sociolectos: en *Clarín* señala palabras como chalé o nena, que un diario como *La Nación* casi no se permite y reemplaza por casa y niña. Todas estas marcas en birome azul son como una lección de advertencia frente a los eufemismos, las frases hechas, los lugares comunes, y una manera de señalar diamantes escondidos en el barro.

Me preguntaba quién lo hacía, quién alteraba el diario de esa manera en ese bar, hasta hoy a la mañana que por un madrugón de

trámite hospitalario fui mucho más temprano de lo habitual y lo vi. Ahí estaba sentado, muy encorvado sobre el diario, con su birrome azul en la mano. Es un señor de unos ochenta años. La parte de arriba de su columna vertebral está casi horizontal. Lo miré un rato: flaco y sumido, la campera doblada en la silla de enfrente, el estuche de sus anteojos a un costado, un pocillo ya vacío, el vasito de soda que cada tanto levantaba para tomar un trago mínimo. Por fin había descubierto al subrayador. Empecé a preguntarme qué decirle. Estaba muy concentrado, no lo quería interrumpir. Parecía Dios leyendo el diario, sin ningún interés por las tragedias humanas, señalando los detalles intrascendentes, los giros de la lengua, los bordes invisibles.

No le dije nada. Me pareció que lo iba a molestar, y además quizá le arruinaba esa especie de anonimato de su obra maestra de cada mañana. Me levanté y en la caja le pregunté al que parece el dueño o el encargado: «¿Viene mucho ese señor?». «¿Aquel?, sí, todas las mañanas. Raya todo el diario, pero no molesta», me dijo. Pagué el café, pasé por al lado del cono de silencio del subrayador y salí a la calle.

-CIRCUITO CERRADO-

Las compañías de cable brindan a los consorcios un servicio de portero eléctrico, un canal que está siempre último, junto a los más lejanos canales culturales o religiosos, donde se ve las 24 horas la puerta de entrada del edificio. Es mi canal favorito, aunque no entiendo bien para qué sirve. ¿Es para grabar a todos los que entran y salen?, ¿para que los vecinos se espíen entre sí?, ¿para ver cómo está vestido el que toca el timbre?

Se ve la calle, la gente que pasa. El personaje principal es el portero, que a las cinco de la mañana está baldeando y a las cinco de la tarde está de traje, mirando pasar a las chicas. Un momento de gran acción es cuando va hasta el cordón de la vereda, patea un pucho a la alcantarilla, fuera de sus dominios, y vuelve a su sitio como pensando algo.

Los extras que pasan tienen actuaciones impecables: el cartero que duda, mira la numeración, toca timbre; la chica que se detiene, se pone gotitas en los ojos, sigue; la pareja de turistas maduros, de pelo corto, con las mochilas paranoicas puestas hacia delante; el padre que sale con la hija de la mano; dos mujeres embarazadas, primero una, en seguida la otra. La supuesta realidad convertida en un reality, un Truman Show que no termina nunca. Lo que se

ve en ese canal particularmente es que, desde el punto de vista cinematográfico, el azar hace todo muy bien. Es el mejor guionista, el mejor director.

Al azar no lo amedrentan las casualidades, las repeticiones. Y tiene un timing perfecto. En el cine, los intentos por copiar el azar siempre fallan. En las películas los extras pasan por la calle demasiado equidistantes, a ritmos demasiado uniformes y con fisonomías demasiado variadas: un alto, un gordo, un chico con un globo (nunca pasan dos embarazadas, una tras otra). Por eso, siempre que haciendo zapping me topo con el canal del portero eléctrico me acuerdo de la frase de un amigo poeta que me dijo: qué bien que escribe Dios aunque no exista. Creo que tiene razón. Aunque no exista, Dios, o el azar, o el devenir, se lleva todos los Oscar: mejor director, mejor guión, mejor actuación, mejor banda sonora.